

*Blas Matamoro*

*Las tres carabelas*

**blatt & ríos**

© 1984, 1988, 2021 Blas Matamoro  
© 2021, por esta edición: Blatt & Ríos

1ª edición en España: mayo de 2021

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | [www.jij.com.ar](http://www.jij.com.ar)

[blatt-rios.com.ar](http://blatt-rios.com.ar)

ISBN: 978-84-123270-3-8  
DEPÓSITO LEGAL: M-9163-2021

Impreso en España / Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

# *Las tres carabelas*



Se llamaba Roberto y le decíamos Berto.

Cuando estábamos en el último curso lo pusieron de abanderado. A mí, de escolta, aunque yo fuera mejor alumno. Las maestras lo preferían por ser el más lindo de la escuela. Nadie era tan blanco y europeo como él, en aquel barrio del oeste de Buenos Aires, lleno de gallegos cejijuntos, napolitanos con aire sarraceno y judíos pelirrojos, con pecas de color zanahoria.

Detrás de Berto, yo veía a la gente que lo miraba desde el patio de las fiestas escolares. Aquellas mañanas Berto parecía hecho con la misma sustancia preciosa de la bandera, raso azul y blanco, madera aromática con destellos de oro, y una cresta de metal pulido.

La tía, última y opaca entre las filas de los concurrentes, lustraba cuidadosamente sus uñas, acomodaba los bucles incontables de su cabeza, planchaba las tablas infinitas de su delantal. Berto andaba lentamente rumbo a la escuela, seguido por las miradas del barrio, moviéndose

apenas dentro de su coraza de almidón y gomina. Miraba lejos, sin fijar la vista, con unos ojos que la luz de la mañana dejaba casi sin pupilas, tan claras eran. Era el mejor muñeco de la juguetería y podía creerse que volvería, después de la fiesta, a ocupar su lugar de privilegio en el escaparate central.

En cambio lo que hacía era volver al oscuro corredor de un inquilinato, donde ocupaba una pieza con su tía, al fondo, al lado de la cocina. De la tía sólo sabíamos que se llamaba Irma y que era joven, aunque parecía vieja. Estaba seguramente soltera, seguiría soltera y vieja, con la cara porosa y cruzada de marcas que se convertirían en arrugas sin que nos diéramos cuenta, siempre cerrando el paso hacia la cocina y la pieza, laboratorio mágico del cual salía Berto, todas las mañanas, camino de la escuela, convertido en el muñeco más lindo de la juguetería.

Irma venía a casa a buscar a Berto, pero nunca pasaba del umbral. Era mujer de vereda y corredor, no la recuerdo nunca sobre otros fondos. Bajaba la vista con timidez, hablaba con monosílabos, se llevaba a Berto a su misterioso secuestro y lo devolvía, la mañana siguiente, a la mirada admirativa del barrio.

Berto pasaba largas horas en casa, aprovechando la ausencia de papá y de Pepe, mi hermano. La casa quedaba poblada por mi madre y por mí, con las apariciones de la sirvienta, que vivía al lado. Pepe era mucho mayor que yo y no creo haber hecho con él nada fraternal: ni jugar, ni

ir a la escuela, ni salir al cine. Era como el hermano menor de papá y mis más lejanas imágenes de él siempre lo asocian con la panadería de Castelar, con su novia Lucía, para juntarnos los domingos en el fútbol. Los domingos eran los días en que no veía a Berto y salíamos mi padre, Pepe y yo a ver los partidos.

No, Berto no era el mejor alumno. A menudo tenía dificultades con los deberes, los hacíamos juntos y yo lo ayudaba en todo lo que podía. Mis mejores habilidades eran el dibujo y la redacción. Las composiciones de temas machacones, como *La bella primavera* o *Una excursión al puerto* me salían brillantes, a fuerza de pulirlas de año en año. Yo hacía dos versiones, una para Berto y otra para mí, pero la mejor nota se la llevaba él. Tenía una letra más vistosa y las maestras lo amaban. Es importante enamorar y cobrar deudas de amor, atribuirse aciertos ajenos, seducir. El seducido y el enamorado averiguan poco del otro.

En dibujo, yo insistía en las ilustraciones de viajes a lugares lejanos, rutas de conquistadores, civilizaciones antiguas. Prefería los crepúsculos llenos de malvas y naranjas y los prodigaba con cualquier excusa. Las tres carabelas me las hacía de memoria, aunque eran seis, tres para Berto y tres para mí, de octubre en octubre. Olas y nubes, espumas y morados salían a relucir entre maderas brillantes y las velas de tejido sutil, con la cruz bermellón en el centro. En cada carabela iba un solo navegante, al cual la lejanía borraba el rostro. En la primera no iba nadie. ¿Quién la

conducía? De los navegantes, uno era Berto y el otro era yo. Le dibujaba primero sus carabelas, por lo que algunas maestras me reprochaban copiarme o no haber hecho yo los dibujos. Yo no me fastidiaba ante el equívoco. Al revés, me divertía la mentira y la felicitación era un elogio secreto para mí. Aprendí a amar ciertos secretos, por ejemplo los elogiosos.

En casa, a menudo nos cambiábamos la ropa con Berto. Él se ponía mi pullover o mi camisa, y al revés. Mamá se enojaba con estas bromas. Decía que quería mucho a Berto, pero que vivía en un inquilinato y se rozaba con chicos piojosos. Era inconveniente ponerse ropa que quién sabe de dónde venía. Frecuentemente, mamá le cepillaba las manos, cuando no le lavaba la cabeza y las orejas, pero me consta que él era antes bien fregado por Irma y mi madre sólo le quitaba las costras de la gomi-na, dejando sus bucles libres y deslucidos. Por una vez la engañamos, poniéndonos máscaras y cada uno la ropa del otro, tomando la comida por debajo de las máscaras. Ella se indignó cuando nos descubrimos. Yo había tenido puesta demasiado tiempo la ropa de un presunto piojoso. Seguramente, ya era tarde para contrarrestar unas enfermedades incurables, de esas que mi madre veía con cierta complacencia a mi alrededor: los sándwiches de anchoas en los cumpleaños infantiles, que atacaban mi hígado, el guiso de lentejas de unos vecinos españoles, los microbios que abundaban en el inquilinato de Berto. Para mi madre



yo era un ser en peligro, de puro frágil y precioso, que todas las madres del barrio le querían arrebatar y que, ante lo imposible de la empresa, intentaban atacar con microbios y anchoas envenenadas.

Cierta vez, Irma dijo que cambiaría a Berto de escuela. Se iba a casar con un vigilante de Villa Luro (nosotros éramos vecinos de Liniers) y se mudaría de barrio, llevándose a Berto. Recuerdo la mañana de invierno en que vino a arreglar los papeles de la escuela. Ella tenía ropa nueva y se había peinado como una muchacha. Estaba rejuvenecida y hasta sonrió por única vez en su vida. Un gigantesco vigilante de mostachos la esperaba en la puerta, con la gorra bajo el brazo.

Berto estaba contra la pared del patio, mirando hacia arriba. Un moño azul de pintitas blancas le cerraba el guardarrobas y parecía estrangularlo. Imaginé que se iría lejos, que estaría preso custodiado por el vigilante mostachudo, que no lo vería más, que nos encontraríamos cuando fuéramos grandes y no nos reconoceríamos. El cielo era plomizo y los árboles habían perdido todas las hojas. Sería un invierno interminable, habría tiempo para que todos muriéramos de frío. Creo que me acongojé hasta soltar una lágrima.

Pero Berto no cambió de escuela ni de barrio. A los pocos días, unos ladrones mataron al vigilante e Irma se quedó viuda antes de casarse. Se vistió de luto y volvió a envejecer. Estaba serena a causa de sus desgracias. Berto

faltó unos días porque Irma estaba enferma de los nervios y mi madre se dignó llegar hasta la puerta del inquilinato, sin decidirse a entrar. Sé que le pagó algunas visitas de médico y que Irma, en recompensa, le mandó una maceta con hortensias azules. Mi madre la lavó con agua enjabonada, hoja por hoja. La planta quedó reluciente, como hecha en porcelana.

Durante los veranos, Berto desaparecía. Iba al pueblo de los padres, un pueblo tan sin importancia que no figuraba en los mapas, aunque sé que tomaba el tren en la estación Liniers y pasaba frente a la panadería de mi padre. Berto nada contaba de esos veraneos. Para mí el campo era un lugar con polvaredas que no dejaban respirar, relinchos de caballos en la siesta, perros acechando toda la noche y arroyos de agua verde con nubes de mosquitos y huevos de rana color rosado.

Berto se hundía entre trigales recién cosechados, bajo el sol, a punto siempre de insolarse y viendo esos bichos rojizos que hace ver el sol del verano cuando uno lo mira mucho tiempo de frente. Cuando estaba a punto de sucumbir a la insolación o a la picadura de los tábanos, venía su madre y lo salvaba. Su madre no tenía cara y, por eso, no tenía edad, ni voz ni acento. Era una madre que lo salvaba de la muerte todos los veranos.

Luego acababan las vacaciones y Berto volvía al barrio y a la escuela. Volvía renovado, con la piel rojiza del sol y el pelo casi ceniciento de tan rubio. Era la nueva cara

de los resucitados, según nos contaban en las historias de santos del catecismo. Cuando un elegido del Señor resucitaba se lo reconocía por el color del pelo y de la cara.

Yo sólo leía los diarios en el verano, aprovechando la falta de noticias políticas. Buscaba sucesos de inundaciones en el campo, accidentes de caballos que arrastraban a los jinetes o trenes que aplastaban a los chicos distraídos. Pensaba encontrar a Berto mezclado en esas desdichas que sólo ocurren en el campo. Pensaba también en llorar a escondidas, como seguramente haría Irma pensando en el vigilante que los ladrones habían acribillado a balazos en el Bajo de Flores.

A veces concluía que esas noticias nunca aparecían en los diarios, y lo que realmente quería era prepararme para que la vuelta de Berto me hiciera más feliz y lo primero que imaginaba eran unas nubes moradas flotando sobre las tres carabelas.

Son siempre los mismos sueños relativos a mi madre. Pasan los años y los sueños se repiten con ínfimas variantes. Ocurren más allá del tiempo, donde yo tengo siempre mis estupendos veinticinco años. Era la edad que tenía en el primer sueño, en tanto en la vigilia era un adolescente.

Un sueño es que estoy acostado con una mujer joven y que es mi hermana (en la vigilia no tengo hermanas). Tengo esas misteriosas certezas de los sueños: que me gusta, que le gusto, que vamos a acoplarnos y a pasarla bien.

No le veo la cara, pero siento el roce de sus pezones y del vello de su pubis. Cada vez que la toco, se crispa de placer, pero sólo recuerdo tocarle esos extremos temblorosos de su cuerpo. En ese momento llega mi madre. Es hermosa y joven. Sonríe, luego se crispa ella también, forcejea con la mujer, logra sacarla de la cama y tenderse junto a mí. Es una atmósfera borrosa, marrón, cálida. Me desespero en el sueño y en el entresueño, quiero despertarme, acaso sospechando que en la vigilia mi madre desaparecerá. Termino despertándome, jadeando, sudoroso, con el sexo eréctil, en una atmósfera marrón y borrosa, ovillado dentro de las cobijas.

Otro sueño: es de día, el cielo está nublado, sopla un aire frío. Estoy en un círculo de piedra, con columnas de mármoles coloridos haciendo un cerco. Las columnas están rotas. Aparece mi madre. Tiene la piel muy blanca y lleva un manto ocre con guardas doradas y sandalias. En casa de Jacques había el retrato de una actriz vestida exactamente como mi madre en el sueño. Me acerco a ella. Aumenta el ruido del viento. Mi madre me dice al oído: “Tengo que dejarte. Me voy al prostíbulo”. Se aleja, majestuosa como una sacerdotisa de teatro (en el cuadro de Jacques, creo recordar, la actriz estaba vestida de sacerdotisa).

Otro sueño. Estoy sentado en un trono. Mi madre baja de una altura sin luz, con una corona dorada en la mano y me la coloca sobre la cabeza. Siento leves pinchazos en las sienes: la corona tiene puntas por dentro. De las sienes

me bajan tenues hilos de sangre. Con los años, la imagen se enriquece. La corona es doble, triple, de oro calado, con remates aparatosos en forma de pirámides. A veces auxilian a mi madre unos ángeles como los que he visto en las pinturas flamencas. En ocasiones, se agrega un cetro, que aprieto con la mano derecha para compensar el dolor de mis sienes heridas.

Mi madre era joven y hermosa cuando se casó con mi padre, que era un hombre maduro. También era joven y hermosa cuando nació Pepe. Todo esto se ve fácilmente en las fotos de la época. Pero yo la recuerdo vieja y gastada, como recuerdo viejo a mi padre y a Pepe como un hombre grande, acostumbrado a las rutinas del trabajo, semipelado y gordo, novio o marido de Lucía, da lo mismo.

Mi madre siempre contaba que cuando se casó eran pobres y así también cuando nació Pepe. No pensaban tener más hijos, porque la familia carecía de recursos. Pero vinieron los buenos años de la guerra y la panadería prosperó, se convirtió en confitería, mi padre tomó un socio, compraron un cine y una agencia de automóviles. No obstante, mi padre seguía yendo a la panadería diariamente, con Pepe adolescente, luego Pepe joven y Pepe viejo, porque decía que si dejaba de trabajar, se moría. Yo nací muchos años más tarde que Pepe, en tiempos de prosperidad.

Me parece recordar la versión de mi madre, que no pensaba tener más hijos, pero que aceptó lo que Dios

mandaba. Que yo era difícil de parir y hubo que hacer una operación cesárea, pero que no importaba, porque todo sacrificio es poco para una madre. Estuve dentro de ella más de lo normal y siempre acepté la historia (que acaso yo mismo haya inventado) de que hubo que sacarme por la fuerza, que ella no quería separarse de mí.

En todo caso, yo venía al mundo con pocas posibilidades de tener que ir a la panadería a secundar o terciar con Pepe y mi padre. Sobre todo, cuando en mi casa se compraba, por primera vez en el barrio, un tubo fluorescente, una aspiradora, un televisor. Y cuando las maestras decían que era estudioso y trabajador. Desde entonces pensé que podía hacer lo que me gustara más y hacerlo lejos de casa, empezando por ser el amigo favorito de Berto, tan lindo y tan desguarnecido, con su inquilinato y su tía impresentable, un chico sin padres conocidos.

A mi padre y a Pepe los veía a la hora del almuerzo. Después de comer se recostaban en unas reposeras a dormir y salían de nuevo al negocio, para volver a la noche, cenar y acostarse. He ido poco a la panadería, que siempre fue un asunto de ellos. Era una construcción vieja, de aquellos años en que todo en la Argentina debía ser pomposo, con una *boiserie* de roble y un vitral, que luego mi padre, para sentirse moderno, reemplazó con azulejos y fórmica. En una pared lateral había una copia de *Las segadoras* de Millet, otro misterio argentino de principios de siglo, que a una panadería de suburbio hubiese ido a parar el señor Millet.

Mi padre y Pepe eran personajes blancos, impolutos con delantales color nieve y marcas de harina en las uñas y en el pelo. Me daban un bollo dulce, el pan no me correspondía. Luego, cuando compraron el cine, me atracaba a ver los programas enteros y me llevaba fotogramas de las películas para ponerlos, con chinchetas, en la pared de mi cuarto.

Pero ellos no iban al cine. Estaban en la panadería todo el tiempo y volvían a casa fugazmente, para comer y dormir. La única salida que se permitían era los domingos, al fútbol. Sólo escasamente se ponían de acuerdo para ver alguna película poco recomendable a las mujeres, como aquella *Gilda* donde Rita Hayworth mostraba sus hombros.

Con el tiempo, el cine dejó de rentar y fue transformado en un supermercado de bolsillo. Según las temporadas, la agencia de autos se convirtió en importadora. Pero, en el fondo, mi padre sigue creyendo que sólo el trabajo produce riqueza y que la riqueza son casas y terrenos. Hay que trabajar, ahorrar y capitalizarse con cosas arraigadas al suelo. Lo demás es aire. Pisos, títulos, depósitos a plazo fijo con indexación quedan fuera de sus creencias. El país se hunde en las inflaciones más grandes del mundo y el viejo, puro como la harina de su pan, sigue recitando su catecismo de trabajo y ahorro. Y no se jubila porque sería como morir, según siempre dice. Sólo lo atará al patio de casa la invalidez, sólo un inválido no trabaja ni ahorra en

la Argentina de mi padre, que es un país de inmigrantes pobres que quieren ser ricos y sólo disponen de una larga vida llena de horarios de trabajo.

Pepe cree lo mismo, Pepe es la sombra del viejo y ocupará su lugar el día en que el viejo muera. Pero Pepe no tendrá sombra, pues, buscando un hijo varón, le han nacido cuatro mujeres. Sus yernos se repartirán la herencia, si es que no cambia de moral y se gasta lo que tiene antes de morir.

Pepe, como mi padre, está convencido de que yo soy distinto y que nada hay que esperar de mí en cuanto a trabajo en negocios, matrimonios, vida en el barrio. Y porque soy distinto y vivo en el extranjero, mandando cartas con estampillas exóticas, todo lo merezco. Parte de su trabajo lo convertiría en dinero para mantenerme, aunque se me antojara vivir en la ciudad más costosa del mundo. Sólo que a mí no se me ha ocurrido nunca plantearles semejante cosa y su generosidad sacrificada o un adelanto de la herencia quedan en mi fantasía. O mi fantasía es no pertenecer a esa familia de pequeños capitalistas. Me da igual.

De Castelar a Liniers y de Liniers a Castelar. Esa es la vida de mi padre y de Pepe, que se casó con Lucía hace incontables años y vive enfrente de los viejos. Sacar una banderita argentina al balcón, porque lo han echado a Perón, porque ha vuelto Perón, porque la Argentina ha ganado el campeonato mundial de fútbol, porque aplastaremos a los chilenos en el Beagle o a los ingleses en las



Malvinas. Y, tal vez, volver a ver cómo Rita Hayworth se quita un guante de terciopelo y queda semidesnuda en *Gilda*, ante una platea sin señoras.

Mi madre salía poco de casa. Hacía escasas compras, acaso alguna de mantelería, ropa o regalos de bodas, para lo cual iba escoltada por la sirvienta y se arriesgaba a llegar al centro, premiándose con un té y masas en alguna confitería paqueta. Acompañaba al viejo a los casamientos, bautizos, cumpleaños y velatorios de familiares y conocidos y el resto de su vida lo pasaba en casa. Escuchaba la radio incesantemente, saltando de una emisora a otra en busca de radioteatros. Más tarde, la televisión empezó a alternar con la radio y acabó desplazándola, pero siempre con el sistema de seguir las telenovelas en capítulos de un día a otro, de una semana a otra.

Mi madre tenía establecida una red de informaciones, una media docena de teléfonos de vecinas y primas favoritas, con las que se hablaba a diario para comentar los radioteatros. Con las señoras más cercanas se hablaba de balcón a balcón o a través de la medianera. Si la sirvienta estaba en la cocina y no alcanzaba a oír el episodio, ella se lo resumía. En verano, en el patio y, en invierno, en el comedor de diario, se ponía desde el mediodía a la noche a recibir las voces enigmáticas que traía la radio. Las tardes eran largas y ella las pasaba tomando mate, con unas galletas marineras rotas sobre su delantal, que iba masticando al ritmo del suspenso de las radionovelas.